

Filosofía (Rosario Sensores)

Del pecado de amarte no estoy arrepentida
aunque un oscuro abismo nos separe a los dos
en tanto que risueña te doy mi despedida
mis ojos se iluminan para decirte adiós.

No nos debemos nada, tú me diste tu boca
límpida como el agua fresca del manantial,
yo apagué en la cisterna mi sed ardiente y loca
y te enlacé en mis brazos amorosa y sensual.

Peregrinos, errantes, nuestras rutas seguimos...
si dos sendas opuestas al azar elegimos
¿para qué rebelarnos con violenta acritud?

¡Fuiste mío! ¡fui tuya! lo demás nada importa...
¡Oh mi amante de un día! Nuestra vida es tan corta
que no vale la pena de sufrir su inquietud

Opio y ajeno

Por olvidarme de ti prenda adorada
verde ajeno libé con grande anhelo
y en el fondo de la copa como un cielo
vi el destello seductor de tu mirada.

En mi larga mi pipa nacarada
opio también fumé. Y en mi desvelo,
en el humo que flotaba a ras del suelo,
vi tu imagen voluptuosa recostada.

Mas, ni el opio ni el ajeno han conseguido
que me olvide de ti. Ya descreído
sólo me queda correr al camposanto

para decirle al cruel sepulturero
que me entierre en una fosa en donde quiero
ver si puedo dejar de amarte tanto.

A mi madre

Oye Señor, cuando el arcángel venga
a llamar a los muertos para el juicio
y llegue al lugar donde mi madre
duerme, bajo una cruz, sueño tranquilo,

no dejes, no, que la fatal trompeta
vaya vibrando a desgarrar su oído,
-no hay para que- porque la madre santa
se despierta mejor con un suspiro.

Yo la conozco bien, deja tan sólo
que oiga llorar a uno de sus hijos,
ya verás que amorosa y angustiada
se alzaré de la tumba al punto mismo.

Porque las madres aún después de muertas
¡ay por sus hijos piedad a ti te piden!
mi madrecita allá en su santa gloria
ve por sus hijos que en la tierra gimen.

Mis flores negras

Oye, bajo las ruinas de mis pasiones,
en el fondo de esta alma que ya no alegras,
entre polvo de sueños y de ilusiones
brotan entumecidas mis flores negras.

Ellas son el recuerdo de aquellas horas
en que presa en mis brazos te adormecías
mientras yo suspiraba por las auroras
de tus ojos, auroras que no eran mías.

Guarda pues este triste y débil manojo
que te ofrezco de aquellas flores sombrías;
guárdalo, nada temas, es un despojo
del jardín de mis hondas melancolías.

Los libros

¡Para qué los libros! para qué Dios mío
si este amargo libro de la vida enseña
que el hombre es un pobre pedazo de leña
que arrastra en sus ondas fugaces el río...
¡Para qué los libros, para qué Dios mío!